



Alberto
Mestanza

LA MINISTRA DE INMIGRACION Y LOS LENTES QUE LE IMPIDEN VER LA REALIDAD



Se dice que los gobernantes son elegidos para solucionar los problemas de su pueblo. Salud, Alimentación, Educación y Vivienda han sido los sectores que tradicionalmente han centrado las actividades gubernamentales con miras a brindar condiciones adecuadas de vida entre sus gobernados.

Un estado moderno no sólo permite la existencia de otras instituciones pilares de la democracia sin no, además, promueve su creación y co-existe con ellas como símbolo de independencia y respeto por el derecho de todos y cada uno de sus ciudadanos. Así la independencia del poder judicial, el libre ejercicio de asociación, llámese sindicatos, la libertad de profesar y practicar el credo religioso de su preferencia, la libre expresión a través de los diferentes medios de comunicación, entre otros, son sólo algunos ejemplos de un estado en la que se practica la democracia.

Un estado que interfiere con el poder judicial, que no protege a sus trabajadores, que limita la libertad de expresión, entre otros, se convierte en la antítesis de la democracia y deviene en una suerte de dictadura con careta democrática.

Canadá es un país extraordinario, goza de un vasto territorio, en el que fácil pueden entrar siete Colombias, trece Chiles, setenta y seis Nicaraguas y casi doscientas Costa Ricas. Es aquel que, a pesar de sus cercanía con los Estados Unidos de América, disfruta de un respetable nivel de crecimiento, bajo nivel de desempleo y un alto nivel de vida.

La Organización para el Desarrollo y Cooperación Económica señala que las sólidas inversiones, adecuada innovación tecnológica, moderado incremento de sueldo y salarios, entre otros, son factores que han contribuido a mantener una economía competitiva y han hecho de Canadá uno de los países con mayor crecimiento entre los del grupo G-7.

Dicho crecimiento sin embargo se debe en gran parte al aporte de los trabajadores indocumentados, aquellos que por miles y por muchos años han venido realizando el trabajo que los "oriundos", incluidos los de los Estados Unidos, no han querido o no han sido capaces de realizar. Es aquél gran contingente de hombres, mujeres y, en muchos casos, niños, a los que aquello de la jornada laboral de las ocho horas, sueldo mínimo, seguridad industrial, vacaciones, descanso por enfermedad, son conceptos que les suena como muy lejano, inexistente o en todo caso abstracto. Cuan abismal es la diferencia entre los que tienen y los que no tienen papeles.

Y así mientras que las organizaciones internacionales de todo tipo reconocen a Canadá como un país próspero y líder entre los grandes, nadie sin embargo reconoce el capital aportado por los

indocumentados en el logro de dicha prosperidad. Nadie pide se levante un monumento en honor a ellos, al fin y al cabo las reglas de juego no parecen ser tan complicadas y se parecen mucho a las del "cholo barato", es decir, tu trabajas sin horario y sin descanso, y yo te pago lo que quiero y cuando me da la gana. En otras palabras, una verdadera esclavitud en tiempos modernos.

Y así mientras la Ministra de Inmigración, Diane Finley, lentes oscuras al frente, ha iniciado su periplo nacional a través de sus denominadas Consultas de Inmigración, según dice, para tomar conocimiento acerca del tipo de profesionales que son necesarios en nuestro país, el pueblo empieza a murmurar y se pregunta acerca de las verdaderas intenciones de estas famosas consultas.

La medida, creemos, no es la más adecuada teniendo en cuenta el inmenso gasto que dichos viajes y consultas demandarán al presupuesto nacional el que tendrá que ser cubierto nada menos que por todos los "hijos del pueblo", incluidos los indocumentados. Pero ¿hasta qué punto son necesarias estas Consultas de Inmigración y qué se esconde detrás de ellas? Ya lo sabremos.

Queda claro sin embargo, que éste sería el ejemplo emblemático de cuán de espaldas anda el gobierno de Stephen Harper con respecto a las verdaderas necesidades de su pueblo y cuan indiferente frente al clamor de este importante sector de nuestra comunidad que por años convive entre nosotros, trabaja, se esfuerza, ha contribuido al desarrollo de este país y a los que sin embargo se les paga con monedas de menos precio e ingratitud.

Las Consultas de Inmigración de la Ministra Finley son innecesarias. Si el gobierno de Harper no sabe que tipo de trabajadores se necesita en cada Provincia o Territorio entonces no sabe nada. No saber algo no es tan malo como parece y su reconocimiento acarrea cierta virtud.

El problema en éste caso es tratar de saber utilizando métodos demagógicos y burocráticos en relación a un tema que fácilmente podría resolverse de otra manera.

Si el gobierno necesita saber cuántos y qué tipo de trabajadores se requieren en Ontario, British Columbia o en cualquier otra provincia o territorio, por favor, llamen a los Premières, a los Ministros de Trabajo, a los Líderes Sindicales, a las Cámaras de Comercio, o a los representantes Empresariales de cada Provincia y tendrán la respuesta en menos de veinte cuatro horas. El resto es puro cuento. Y mientras tanto, ¿que pasará con los indocumentados? nadie lo sabe, al parecer los lentes de la Ministra Finley son tan grandes y tan oscuros que le impiden ver la realidad. A tal gobierno tal Ministra.